

III

Era una clara noche de Enero, tan fría, y, por decirlo así, tan transparente, que las estrellas parecían que brillaban más que otras veces en la nítida pureza de la atmósfera.

Helaba.

La luna se alzaba sobre la espesura del bosque, á la manera que en la sagrada selva de los Druidas; empero las aves no se oían, porque la mayor parte de ellas habían ido á buscar otro clima más suave.

El bosque era de olivos y pertenecía á Juan Pedro, á quien le daba cada año muchas arrobas de aceite, que después se convertían en dinero.

Más lejos del olivar, un grupo de álamos alzaba su ramaje descarnado y seco, al parecer, por los rigores del invierno.

Al pie de aquellos álamos brotaba una fuente, produciendo un agradable murmullo.

El señor cura se hallaba en su cuarto sentado y cenando en su modesta y elegante mesa, que le servía la señora Andrea, su ama y criada todo en una pieza.

Era ésta una mujer no muy alta y bastante

gruesa, colorada y risueña, ostentando esa alegría que nace de un alma pura.

Tiburcio estaba en pie detrás de la silla de don Benigno; su madre enfrente y también de pie.

—Este brasero tenía hoy demasiado fuego— dijo el vicario señalando debajo de la mesita en que comía.—Andrea, mañana enciéndame usted la chimenea: es un lujo al que mi salud no quiere renunciar. Hoy me duele mucho la cabeza.

—Mañana, señor, para cuando usted se vista, tendrá Tiburcio encendida la chimenea con un buen tronco; ¿pero no prueba usted siquiera ese pollo?

—No tengo gana.

—¡Qué! ¿Se va usted á quedar con la verdura?

—Sólo; eso me basta.

—¡Vamos, anímese usted!

—No puede ser.

—¡Pero, señor, se va usted á poner malo si da en la manía de comer tan poco!

—No lo crea usted, Andrea: lo que pone enfermo es comer sin apetito. Mire usted, este pollo le vendrá muy bien á la pobre Lorenza, la loca.

—Bien; pero...

—Que se lo lleve Tiburcio mañana por la mañana.

—Así se hará, señor.

—Ahora me voy á dar un paseo.

—¡Un paseo, con el frío que hace!

—Me embozaré bien en la capa; tengo que re-

zar, y lo hago mejor en el campo que en casa: allí veo el cielo, y me parece que estoy más cerca de Dios.

—Así me pasa á mí—dijo Tiburcio.—Cuando voy al campo, se me pasa todo el mal humor.

—Tú no debes tener nunca mal humor—observó gravemente la señora Andrea.—¡Mire usted, á los diez y siete años, qué penas puede tener él!

—A nadie le faltan penas, madre. Cuando veo á la pobrecita Teresa ir á lavar al río con la helada, jorobada, y con un saco de ropa más alto que ella...

—Dolor es, por cierto—dijo la señora Andrea.—Quien ha conocido á su madre, como yo, lo puede sentir más que tú, hijo mío. Lorenza era una joven como pocas, educada á lo fino en la ciudad, y tan hermosa como buena: la pobre pagó caro su empeño en casarse con Juan Pedro, que ha tenido siempre un geniazo como un Nerón; pero era tan buen mozo, que Lorenza se enamoró de él como una loca.

—Aquí está la capa, señor cura—dijo Tiburcio poniéndola sobre los hombros del vicario.—¿Quiere usted que le acompañe?

—No: me gusta y necesito la soledad. Hasta dentro de un rato.

Don Benigno salió.

Iba triste y cabizbajo.

Pensaba, desde hacía algunos días, en la suerte de una criatura miserable, de una pobre niña

desgraciada: en la suerte de Teresa, que quería aliviar sin saber cómo lograrlo.

Había oído contar tantas cosas acerca del maltrato que se daba á aquella criatura, y la había visto, aunque de lejos, en tan deplorable estado, que aquella inmensa desventura en el pueblo que regentaba, aquella injusticia bárbara, tenían su corazón profundamente contristado.

Al salir de su casa, tomó el camino del olivar y se internó en él á paso lento.

Antes de rezar, quería meditar.

Trataba de arrancar á Teresa del poder de su padre cruel y llevarla á su casa; pero la niña tenía ya catorce años, y, aunque contrahecha de cuerpo, su cara era extremadamente bella.

Tiburcio contaba diez y siete años y vivía también en su casa.

Además, su padre podía negarse á que se llevaran á su hija.

Pensaba ponerla en una casita con su madre, la loca; pero igualmente se podía negar Juan Pedro á dejar á la madre y á la hija.

No hallando solución posible, quiso pedir á Dios que le iluminara: se sentó al pie de un árbol cerca de la fuente y de cara á la luna, alzó los ojos al cielo y empezó á orar.

A su espalda, y distante sólo unos pocos pasos, corría el río con sordo rumor.

El ministro de Dios sintió descender la calma á su espíritu en medio del augusto silencio de la

noche, y olvidó los dolores de la tierra y sus miserias para remontarse al cielo en alas de su fervorosa oración.

De repente oyó un ruido como de pasos leves: se volvió, y vió una figurita que se adelantaba con lentitud.

Aquella figurita se inclinaba hacia el suelo, y parecía que, aprovechando la luz de la luna, buscaba y recogía algo: no podía ser otra cosa que pedazos de leña seca.

Don Benigno se hallaba sentado y la contemplaba absorto. Cuando se aproximó más á él, reconoció á la pobre jorobadita, que era todavía menos que una mendiga, puesto que no tenía ni aun el recurso de la limosna.

La desventurada criatura temblaba de frío bajo su haraposito y miserable vestido. Llevaba, según costumbre, los pies casi descalzos, y de cuando en cuando alzaba hasta la boca su mano derecha para calentarla con su aliento.

Á la luz de la luna, y cuando ya estuvo cerca de él, el señor cura vió que llevaba un hacedito de sarmientos.

Pasó cerca de la fuente, dejó junto á ella la leña, y se sentó como desfallecida y abrumada de cansancio.

Entonces el señor cura oyó una vocecita débil y dulce que expresó algunas quejas llenas de angustia y desesperación.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó la voz,—¿por qué

no me sacáis del mundo donde tan desgraciada soy? ¡Nadie me quiere, ni tengo á quien querer tampoco! ¡Todos me maltratan! ¡Estoy yerta de frío! ¡Tengo hambre! ¡Dios mío, yo quiero morir para descansar, porque ya no me es posible sufrir más!

Teresa pareció como extraviada por el amargo peso de sus reflexiones, y se levantó tambaleándose; pasó por junto al haz de su leña, que era ya bastante abultado, y echó á correr con dirección al río.

El vicario la siguió.

Así que llegó á la orilla, Teresa se arrodilló é hizo una corta oración á media voz; levantóse después y extendió los brazos para arrojarle al agua.

Una mano fuerte la contuvo.

Teresa se volvió; reconoció al señor cura, y se quedó delante de él muda y temblando.

—Dios te dió la vida, y sólo Dios puede quitártela, hija mía—dijo don Benigno.—La tierra es el tránsito para la eterna patria: caminemos con paciencia.

Dichas estas palabras, el sacerdote asió la helada mano de la niña y se dirigió con ella hacia el sitio donde había estado sentado.

—Mira ese estrellado cielo—dijo á Teresa;—esa blanca luna; esta naturaleza tranquila y majestuosa: por dolorida que esté tu alma, ¿no te dice nada el augusto silencio de la noche? ¿No oyes en

el espacio el himno consolador y celestial de la naturaleza? Aprende, hija mía, á elevar el pensamiento, y sepárate de las miserias de la tierra para contemplar las grandezas del cielo.

—Señor—murmuró Teresa,—mi madre está loca; mi padre y mis hermanos me maltratan de suerte que á veces no puedo sufrir tanta angustia; trabajo más de lo que mis fuerzas me ayudan: ¿qué haré?

—¿Quieres venirte á mi casa?—preguntó el señor cura.—Vivirás como si fueras hija mía y estarás bien cuidada.

—¿Y mi madre?—preguntó Teresa;—¿cómo abandonarla, señor? ¿Quién velará por ella?

—¿Cómo es que no pensabas en eso cuando tratabas de darte la muerte?

La pobre niña bajó la cabeza.

—Vive para ella—prosiguió el señor cura:—éste es tu deber. La misión de la mujer es consolar y aliviar á todos los que sufren en torno suyo. Dios le ha dado una pesada cruz; pero le guarda, en cambio, una hermosa palma: ahora vamos á tu casa; yo te acompañaré.

El vicario asió el haz de leña, y, seguido de la atónita Teresa, tomó el camino de la casa de Juan Pedro.